

EL DESTINO DEL **INCORPÓREO**

MARCOS NIETO PALLARÉS

Elegirán. Lucharán. Derrocarán.

© Todos los derechos reservados

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Título: *El destino del incorpóreo*

© Marcos Nieto Pallarés

Enero 2015

Diseño de portada: Alexia Jorques

Edición y maquetación: Alexia Jorques

<http://alexiajorques.wordpress.com>

info.alexiajorques@gmail.com

A mi destino: mi mujer Palle y mis dos hijos,
Paula y Julen.

ÍNDICE

PRÓLOGO

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

PRÓLOGO

«...¿Dónde estoy?...».

«...¿Estoy soñando?...».

«...No puede ser, hace un segundo estaba preparando la cena, es imposible...».

«...Es muy extraño, ¿me habré quedado dormido? Sí, es eso, estoy soñando...».

No entendía nada.

Me encontraba tumbado boca arriba sobre un prado de un fino y pulcro césped, observando ante mí la inmensidad del cielo: limpio, puro... azul. ¿Cómo había llegado hasta allí?

No entendía nada.

Ante mí solo podía observar un campo inmenso de fina hierba que se mecía con el silbar del viento, tan vasto que ni siquiera podía ver más allá de aquel verde intenso. Solo la línea que dibujaba el horizonte se apreciaba a lo lejos, muy a lo lejos.

Me incorporé y dirigí mis pasos a ninguna

parte, esperando que en algún momento despertara, retornara a la cocina donde seguro me había quedado dormido mientras preparaba la cena. Lo último que recordaba eran dos huevos friéndose ante mí, casi listos, casi en su punto, y después un súbito color blanco y luego esto: el desconcierto.

La verdad es que todo parecía muy real, aunque es cierto que los sueños también lo semejan cuando se está inmerso en uno de ellos. Pero sentía que sentía demasiado: mis sentidos se mostraban demasiado auténticos como para estar soñando. Pero si no era un sueño, ¿qué era?

Seguí caminando y de pronto, en la lejanía, vi una silueta. Me acerqué deseoso por preguntarle dónde estaba, cómo había llegado a aquel enigmático lugar. Me aproximé poco a poco, y se giró al escuchar mis pasos.

—¡Quieto, no te acerques más! —Sus manos se alzaron intentando detener mi avance.

—Tranquilo, no voy a hacerte daño, solo quiero hablar —Mis palabras sonaron sosegadas en un intento por calmarlo—. ¿Sabes dónde estamos?

—No lo sé —contestó bajando los brazos—. Solo sé que estoy muerto.

CAPÍTULO 1

¿DÓNDE ESTOY?

—¡Eso es imposible! —Las palabras brotaron de mi boca angustiadas—. ¿Insinúas que hemos muerto? ¿Que estamos en el cielo o algo por el estilo?

—¿Cómo voy a saberlo? ¡Al igual que tú me he encontrado aquí de pronto! —Su voz cogía confianza tras el sobresalto inicial—. Lo que sí puedo asegurarte es que yo al menos no estoy vivo, y supongo que tú tampoco.

Aquel hombre rebasaba los cincuenta años con claridad. Llevaba una barba corta y descuidada, el pelo liso y oscuro le caía levemente sobre sus orejas; cuerpo rechoncho y estatura cercana al metro setenta, quizás menos, y lo más llamativo: vestía la bata de un hospital.

—¿Cómo estás tan seguro de que hemos muerto?

—Lo sé porque padecía un cáncer terminal, así que por fuerza tuve que morir. —Sus ojos denotaban haber llorado—. No recuerdo el día en el que perdí la noción del tiempo, el día en el que la

morfina me apartó de la conciencia. Puedo asegurarte que si estoy aquí es porque estoy muerto.

—Pero yo no he muerto, o al menos no recuerdo haberlo hecho.

—Uno puede morir de modos muy distintos, puedo asegurártelo, soy médico, bueno, más bien lo era: paro cardíaco, aneurisma de aorta, muerte súbita... Esta última es casi fulminante. Así que por poder... sí, puedes haber muerto y no recordar cómo sucedió.

La ansiedad que sentí es imposible describir: todo se desmoronaba ante mí y no podía hacer nada por remediarlo. Sentí la angustia, mucha angustia y al instante... mucha más angustia.

«*Aneurisma de aorta, paro cardíaco, muerte súbita... esta última es casi fulminante...*». Palabras que resonaban en mi cabeza arrastrándome a un más que probable y casi ya inevitable ataque de ansiedad. Pero mi ser no quería creerlo, se negaba a digerir todo el despropósito que se había abalanzado sobre mí arrebatándomelo todo. ¡Todavía tenía mucha vida por delante! ¡Acababa de cumplir treinta años, por Dios!

«...*María...* —Su rostro asomó de pronto en mi mente—, *solo quedaba un mes para la boda, esto la destrojará* —pensé mientras seguía hundiéndome en

la desesperación—. *Si he muerto súbitamente, ella será la primera en hallar mi cadáver... Qué he hecho para merecer esto*».

—Deberíamos buscar algún lugar donde pasar la noche —dijo aquel hombre mientras yo seguía inmerso en mis pensamientos—. No podemos esperar aquí de pie por toda la eternidad, además habrá que buscar algo de comer.

—Antes de nada... mi nombre es Isaac —dije alzando mi mano derecha.

—Sebastián —respondió entre un fuerte apretón de manos.

—Estoy de acuerdo, busquemos a alguien que pueda decirnos dónde estamos y qué hacemos aquí.

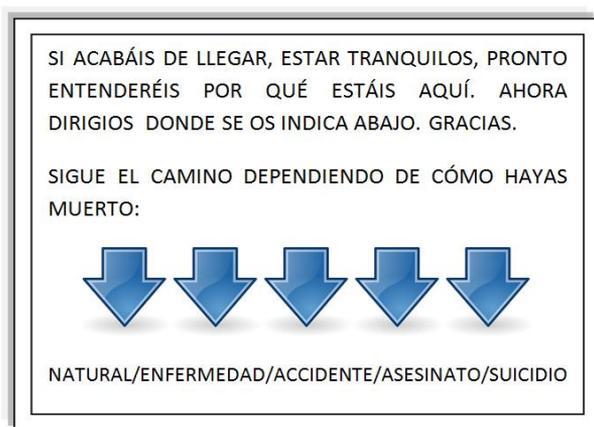
Sebastián asintió y anduvimos sobre la verde pradera durante largas horas. Me contó que había sido cirujano y que había residido toda su vida en Madrid. Narró su vida a grandes rasgos: una vida cómoda y bastante corriente. Yo le hablé de María, no podía hacer otra cosa... era en lo único que pensaba.

«*¿Debo sentirme agradecido?... —pensé andando junto a aquel hombre—. ¿Si de verdad he fallecido, si es cierto que he dejado de vivir!... ¡hay vida más allá de la muerte! ¡La gran pregunta de la humanidad, la respuesta que todo ser vivo anhela... se me ha revelado! Pero no... no servía de bálsamo ni mínimamente: cuando se pierde*

EL DESTINO DEL INCORPÓREO

el amor de una vida, ni siquiera el seguir respirando tras el último aliento es un consuelo.

Mientras mi cabeza seguía dándole vueltas a todo, a lo lejos pudimos divisar cientos de personas, miles, situadas bajo un alto poste con un gran panel en su cúspide, con sus miradas fijas en las letras que en él podían leerse. Tal cual nos íbamos acercando, también nosotros pudimos empezar a entrever lo que había escrito:



La algarabía era total, la muchedumbre murmuraba mientras señalaba el enigmático mensaje. Al igual que nosotros, esas personas se encontraban perdidas en aquel inhóspito paraje, y no dejaban de preguntarse por qué. Estaba claro que allí no encontraríamos ninguna respuesta. El gentío mezclaba y arremolinaba idiomas formando un

alboroto incomprensible, y bastante molesto. Sin darse cuenta, sus diferentes orígenes los agrupaban irremediablemente en «clanes lingüísticos»: por un lado, los castellanos; por otro, los ingleses; por otro, los chinos... Qué razón llevaba María cuando tantas veces me aconsejaba... «¡Aprender idiomas es vital hoy en día!». Y yo siempre me burlaba de ella... disfrutaba irritándola con una indiferencia forzada, aunque en realidad siempre la escuchara como si sus palabras fueran las últimas en salir de su boca.

Justo bajo el cartel que cambiaba de idioma haciéndose comprensible para todos los «clanes» allí congregados, se iniciaban cinco caminos que se perdían en la lejanía. Por momentos, a lo lejos, parecían entrelazarse como serpientes sigilosas reptando entre la fina hierba.

—Esto es muy extraño —murmuró mi compañero de trayecto sin separar la vista del panel informativo—. Pero tampoco tenemos muchas más opciones ¿no? —matizó en mi dirección—. Lo que está claro es cuál es nuestro camino: enfermedad.

Tenía razón, aquello era lo más extraño que me había sucedido en mi más que probable corta vida, pero como bien había dicho mi acompañante, tampoco teníamos demasiadas opciones por el momento. Así que seguí a Sebastián por el camino gris hacia quién sabe dónde.

—Se te ve el culo.

—¿Qué?

—¡Que se te ve el culo!

—¡Leñe! —exclamó Sebastián juntando el corte trasero de su bata de hospital—. Ya notaba yo un fresquete por la retaguardia...

Reímos los dos, aunque al menos yo sin ganas. Debía intentar mentalizarme sobre demasiadas cosas, tratar de asumir todo aquel despropósito, pero todavía era demasiado pronto: nunca más volvería a sentir los labios de María, nunca tendría hijos con ella, siquiera me casaría con ella... Lo demás me daba un poco igual: de no haberla conocido, de no haber saboreado nunca sus labios, incluso hubiera albergado alegría por recibir la experiencia que se me estaba entregando; esa experiencia que supuse todo el mundo obtenía tarde o temprano.

Por nuestra «sendera» transitaban muchas personas que al igual que Sebastián vestían la bata de un hospital, aunque también como yo, muchos portaban ropas de calle, supuse que afectados por «enfermedades» como la que acabó con mi vida. Pero los que siguieron otros caminos... algunos eran bien diferentes:

Natural: Solo gente mayor naturalmente, y por supuesto, se les veía felices, pues después de una

larga vida, se les había otorgado la oportunidad de iniciar otra.

Accidente: Estos, al igual que en enfermedad la mayoría semejaban tristes y era lógico, pues la muerte por accidente siempre resulta traumática. Allí la gente era muy variopinta.

Asesinato: El grupo del mal rollo: maleantes, presidiarios, soldados... y también las asesinadas sin más en un atraco, en un atentado, o porque sí por un demente. Incluso podían apreciarse niños que eran acogidos por las buenas gentes que deambulaban por allí como nosotros. Una visión que desgarraba el alma.

Suicidio: Parecían hasta felices, aunque no todos, pues no es lo mismo huir de un mundo en el que no quieres cohabitar y pensar... «primer intento fallido, vayamos a por el segundo», que escapar del mismo al no soportar la pena tras una fatalidad y emerger de nuevo con el mismo pesar en el alma.

Mientras caminaba tras la estela de Sebastián por el camino de cemento gris pensando y pensando entre personas fallecidas a causa de una enfermedad, llegué a varias conclusiones:

1- Por fuerza alguien había escrito ese cartel y por lo tanto debía existir algún tipo de civilización.

2- Estaba muerto, ya no cabía la menor duda.

3- Nunca más volvería a ver a María: lo peor con diferencia.

4- Por lo visto, el motivo por el cual se alcanzaba aquel lugar era de vital importancia para los habitantes del «¿cielo?».

5- Estaba claro que tal cual moría uno, con lo puesto, emergía en aquel emplazamiento: nada de pulcras vestimentas azuladas ni aros resplandecientes sobre la cabeza. También parecía obvio que en nuestro «viaje», cuerpo e indumentaria sufrían una limpieza a fondo, pues no había visto a nadie ensangrentado.

6- El lugar no aparentaba estar bajo ninguna tiranía. Nadie nos estaba obligando a hacer nada, hasta el momento habíamos sido libres de tomar nuestras propias decisiones.

Todo eso lo tenía más o menos asumido, pero quedaban muchas dudas por resolver:

1- ¿Nos hallábamos en un «cielo» al más puro estilo la Biblia? Lo dudaba mucho.

2- ¿Y si muriera aquí? Si es que se puede, claro. La gente mayor seguía siéndolo, así que... ¿nos afectará el paso del tiempo como cuando estábamos

«vivos»?

3- ¿Permanecerán en este «mundo»... Einstein, Hitler, Jesús (este dicen que resucitó al tercer día) Freddie Mercury, Michael Jackson?... Una respuesta afirmativa podría dar como resultado situaciones de lo más surrealistas.

4- ¿Y si alguien sale a correr y muere por deshidratación debido a las altas temperaturas? ¿Sería enfermedad o accidente? Claramente moría por un fallo orgánico... Pero ¿y si murió por haberse dejado el agua en casa? ¿Y si alguien se lanza desde el balcón de un hotel a su piscina (Balconing) y fallece al calcular mal el salto? Creo que deberían haber optado por una sexta opción del tipo: por imbécil.

5- ¿Qué hallaríamos al final del camino?

Montones de preguntas y dudas. Todo resultaba muy «paradójico-surrealista», pero por el momento, solo podíamos continuar nuestro trayecto hasta alcanzar su fin, que no se mostraba demasiado cercano a corto plazo.

Pronto, la inmensa pradera empezó a desaparecer fusionándose con bosques y montañas. Incluso en algunos puntos, al adentrarnos en los túneles que se presentaban cada poco tiempo permitiéndonos vadear las elevaciones a nuestro

avance, sentíamos transitar sobre las inexistentes vías de un tren. El paisaje lucía hermoso: cruzamos bosques y arroyos, lagos y montes... siempre sobre el camino gris que penetraba en ellos como si de pronto todo se apartara a nuestro paso. No se observaban edificaciones: naturaleza por los cuatro costados. Un mundo que semejaba la Tierra sin el paso de la corrupción del hombre por ella: pulcro, limpio, casto... Solo el camino gris perturbaba el paisaje virginal. También vimos animales: conejos, caballos salvajes, aves de todas las clases... e insectos: mariposas, cucarachas, mariquitas... Parecía ser, que todo el que perecía en la «Tierra», acababa en aquel más que probable y extraño «más allá». En algunos puntos, con tan solo alargar el brazo se podía alcanzar la fruta que pendía de las largas ramas de los árboles, que a nuestros costados emergían abrazándose entre ellos dando una agradable sombra: un bucólico recorrido que me evocó el recuerdo del edén descrito en la Biblia.

Debíamos haber andado al menos tres horas cuando de pronto se presentó ante nosotros otra gran llanura, y al final de esta, una inmensa muralla negra como el carbón, con su cúspide saturada de enormes antenas. Bajo la elevada pared, frente a una colosal puerta por la que intuí se accedía a aquella supuesta urbe, se iniciaba una larga cola de gente.

—Bueno, parece que hemos llegado a nuestro destino —comentó Sebastián señalando con su dedo índice el final de la larga hilera.

—Ponte a la cola —dije intentando hacerme el gracioso.

Alcanzamos la fila india y pudimos observar de nuevo las mismas personas que nos habían acompañado en nuestro trayecto, todos haciendo una y otra vez las mismas preguntas: ¿Alguien sabe dónde estamos? ¿Por qué estamos aquí? ¿Hemos muerto? ¿Dónde lleva esto? ¿Es el cielo?... Muchos sabían, aunque costara aceptarlo, que habían muerto; otros, al igual que yo no recordaban haberlo hecho y parecían confusos. Yo intentaba no relacionarme con nadie a excepción de Sebastián. La verdad es que seguía inmerso en mis pensamientos, absorto en un sinfín de cuestiones a la vez.

«...*María...María...María....*».

Casi siempre era ella quién rondaba mi cabeza.

Lo más triste sin duda resultaba ver a los niños, incluso recién nacidos. Las mujeres los mecían entre sus brazos mientras no dejaban de llorar. Entonces observé a varios hombres equipados con uniformes negros y extrañas armas ovaladas que se acercaban a los infantes y se los llevaban hacia el interior de la fortificación: una escena triste y turbadora como pocas.

—¿Por qué vamos a entrar? —dije acercando mi boca al oído de Sebastián—. Podríamos irnos y vivir a lo Robinson Crusoe —le susurré de forma un poco estúpida, la verdad—. Los bosques por los que hemos llegado están repletos de animales, y también hemos bebido en arroyos y comido fruta de los árboles... No sé si entiendes lo que te intento decir... ¡PARECEMOS UN PUTO REBAÑO!

—Nadie nos ha obligado a estar donde estamos. —Una leve sonrisa se dibujó en la cara de Sebastián a causa de mi impetuoso comentario anterior—, pero no puedo obligarte a nada, si no quieres venir conmigo puedes marcharte, pero pienso que si hubieran querido hacernos algún mal, ya lo habrían hecho.

«*Tiene razón* —pensé mientras el hombre en bata me daba la espalda».



Tardamos al menos un par de horas en alcanzar la cúspide de aquella fila de renacidos. Al situarnos ya cerca de la puerta, en paralelo a la alta muralla negra, pudimos ver como todos los que permanecían ante nosotros pasaban por una especie de detector de metales semejante al que puede encontrarse en un aeropuerto, pero mucho más sofisticado. Su forma

era como si cogiéramos un huevo y lo cortáramos justo por el centro, y a continuación separáramos sus dos partes resultantes: liso y de un semblante futurista. Las gentes se colocaban justo en el centro del «embrión» que empezaba a girar tan rápido que casi parecía ausentarse, y al final de toda la barbaridad de vueltas, una luz verde que se encontraba al frente de un gran panel de control se iluminaba dando al parecer el visto bueno a toda aquella parafernalia.

Intenté que los «soldados» que nos escoltaban contestaran todas las preguntas que saturaban mi mente, pero cada vez que lo intentaba recibía la misma respuesta: «Todo a su debido tiempo, hay que ir paso a paso».

—Bueno, te toca —dije dándole unos toquécitos a Sebastián en el hombro cuando ya no quedaba nadie a su vanguardia.

—Eso parece. —Su voz sonó un tanto temblorosa—, nos vemos dentro.

«Eso espero».

Asentí y Sebastián pasó la prueba sin complicaciones. La luz que se encontraba frente a ese centro de control repleto de pantallas se iluminó dando el visto bueno. En el interior de la sala de cristal podían verse tres hombres con bata blanca tomando notas y manipulando pantallas táctiles que

flotaban ante sus cabezas. Resultaba increíble observar cómo los monitores se mantenían flotando en el aire ante dichos «científicos» con tan inusitada gracia. Y en ese mismo instante sentí que el día presente transcurría en un futuro alcanzado. Aspiré el aroma del actual y extraño mundo, y creí ser un viajero en el tiempo.

Observé los ojos fascinados de Sebastián cuando miró al frente y contempló lo que escondían las altas paredes. No podía verlo, mi perspectiva al costado de la gran muralla no dejaba que atisbara lo que tanto deseaba descubrir. Todo era cuestión de tiempo. «Todo llega —pensé». Mi corazón se aceleró mientras observaba cómo ese hombre en bata se introducía en el interior de la «ciudad» amurallada. Era mi turno.

Uno de los «¿policías?» me acompañó cordial hasta el centro de aquel «huevo» y todo empezó a girar, y de nuevo me sentí como el protagonista de una película de ciencia-ficción. Pude entrever lo que acaecía tras la gigantesca puerta. Parecía una ciudad, pero no pude distinguir con claridad. De pronto me sobresalté cuando todo dejó de girar y empezó a sonar una estridente bocina: «¡MOC, MOC, MOC, MOC...!» ¡ADEMÁS EL PANEL SE HABÍA PUESTO ROJO!

«Esto no me gusta».

—Tranquilo, es algo habitual —dijo pausado el mismo hombre que me había acompañado hasta allí—, este no es el lugar que te corresponde, solo es eso, sígueme.

—¿Qué?

—Te lo repito, no pasa nada, tú solo sígueme.

Me acompañó tranquilo hasta otro de los paneles informativos que tanto se repetían en aquel paisaje, y me situó frente a uno de los caminos de cemento gris.

—Sigue por aquí hasta el final, suerte.

Alcé la vista para contemplar mi destino.

—¿QUÉ? No. Puede. Ser.



ASESINATO

EL DESTINO DEL INCORPÓREO